

**Antonio Orlando Rodríguez y *Aprendices de brujos***  
Red Literaria

Antonio Orlando Rodríguez no había sido un autor muy conocido (hasta ahora) para el lector adulto. Su obra se había concentrado más en textos para niños y jóvenes, con una enorme variedad de géneros: la poesía, el absurdo, la fantasía, la ciencia ficción... Pero los adultos que lo hemos leído, sabemos que sus obras tienen la rara cualidad de hacernos olvidar por un instante que estamos leyendo una literatura escrita para personas de menor edad. Quizás se deba al estilo del autor. Su desenfadada imaginación, que en muchas ocasiones se convierte en un desparpajo alucinante, imprime a sus historias esa cualidad siempre fresca que es sinónimo de toda buena literatura... independientemente de la edad para la que se haya escrito.

Ahora, este autor nacido en Cuba y residente en Miami desde hace unos años, después de haber vivido en Costa Rica y en Bogotá, ha publicado [\*Aprendices de brujo\*](#) (Alfaguara, 2002), una novela inclasificable, de esas que nos mueven a regocijo, a no querernos desprender de sus páginas, a seguir el curso alocado e impredecible de una historia que se desarrolla en los años 1920, pero cuyas implicaciones llegan a nuestra época...

**Red Literaria: Con excepción de dos libros de cuentos que aparecieron en La Habana, en los años 1980, casi toda tu literatura se ha movido en el ámbito de la creación para niños y jóvenes. Ahora publicas tu primera novela. ¿Qué ha provocado este salto o cambio en tu literatura?**

**Antonio Orlando Rodríguez:** ¡No tengo la menor idea! Pero no creo que se trate de un salto, sino de un simple giro. He escrito libros para niños en los momentos en que he sentido ganas de escribirlos y libros para adultos cuando me ha apetecido darles rienda suelta a los demonios. Cambian el tono, la forma y la intensidad, pero el oficio, los recursos y la exigencia son los mismos para ambas vertientes. Salvando las distancias –y aunque el ejemplo quizás no sea el más apropiado–, debe ser lo mismo que le pasaba a Rita Montaner, que lo mismo cantaba *El manisero*, de Moisés Simmons, que *La Medium*, de Menotti. Si ella pasaba de un pregón a una difícil ópera contemporánea, ¿por qué no voy yo a escribir para un lector chico o grande, según se me antoje?

**RL: La novela se desarrolla a principios de los años 1920. ¿Hubo investigación de época?**

**AOR:** Hubo un largo, exhaustivo y delicioso período de investigación previo a la escritura. Leer periódicos y revistas en microfilmes, o pasando sus páginas amarillentas, es algo que disfruto mucho, al igual que revisar decenas de libros hasta dar con un pequeño dato que, quizás finalmente no aparezca de forma explícita en el libro que estoy preparando, pero que reafirma algo o sirve de sostén a algún incidente. Trabajé durante meses en la sala de investigadores de

la maravillosa biblioteca Luis Ángel Arango, de Bogotá. Recuerdo que, en un mes de diciembre, me dieron un pase especial para seguir trabajando en la hemeroteca cuando la biblioteca cesó sus servicios públicos por las vacaciones de fin de año. También aproveché un viaje a Miami para leer periódicos y libros en la Cuban Heritage Collection de la biblioteca de la Universidad de Miami. Estudié, además, cinco biografías de Eleonora Duse y muchos escritos acerca de su arte y de la historia del teatro en Italia. Y leí algunas de las obras dramáticas que ella interpretó a lo largo de su carrera.

En realidad, un alto porcentaje de lo que se cuenta en *Aprendices de brujo* proviene de la realidad. Muchos de los hechos que se narran ocurrieron realmente durante las semanas en que se desarrolla la trama, tanto en Colombia como en Cuba. Cosas que al lector quizás puedan parecerle descabelladas o demasiado fantasiosas, provienen de los reportes diarios de la prensa. Sin embargo, es conveniente aclarar que *Aprendices de brujo* no pretende ser una novela histórica, sino un relato con trasfondo histórico. Me tomé muchas libertades e incurrí en algunas inexactitudes voluntarias. Por ejemplo, en el momento en que los protagonistas llegan a La Habana todavía el paseo de El Prado no tenía ni las farolas ni los leones; pero adelanté un par de años la remodelación porque no quise privarlos de caminar por ese lugar tan encantador tal y como quedó después.

**RL: ¿Cuánto tiempo necesitaste para escribirla?**

**AOR:** Comencé a escribir *Aprendices de brujo* en diciembre de 1998, en Bogotá, y la terminé en marzo de 2001, en Miami. Fue un trabajo agotador, muy exigente.

**RL: Al escribir una novela, algunos autores se trazan una guía o plan. Otros las escriben como van saliendo. ¿A cuál de los dos grupos perteneces?**

**AOR:** En el caso de este libro, hice un esquema cronológico de lo que ocurre en cada día de la trama. Por supuesto, sobre la marcha fueron surgiendo detalles, giros y personajes, a veces absolutamente inesperados para mí, que se fueron sumando a la historia. Por lo general, trabajo a partir de intuiciones o iluminaciones, tomo la punta del ovillo y comienzo a tirar del hilo; pero en este caso, por tratarse de una historia en la que hay tantos episodios y personajes corriendo todo el tiempo de un sitio para otro, hubiera sido impensable escribirla sin un plan previo.

**RL: Si tuvieras que resumir la trama de *Aprendices de brujo* a un lector que quiere conocer su argumento, ¿qué le dirías sin revelar mucho para no dañar la sorpresa?**

**AOR:** Soy pésimo resumiendo historias y mucho más si se trata de una novela donde hay decenas de personajes y peripecias, épocas y ambientes muy distintos. Así que voy a limitarme a parafrasear lo que adelanta la nota de contraportada de Alfaguara. Una de las líneas narrativas se centra en la historia de dos dandis bogotanos –jóvenes, bellos, adinerados, cultos y

gays— que, en enero de 1924, emprenden un viaje a La Habana para asistir a las funciones que dio en esa ciudad la gran actriz italiana Eleonora Duse y llevar a cabo una especie de “misión imposible”: tratar de entrevistarla. (La Duse huía de los reporteros y lo primero que hacía, al llegar a cualquier país, era poner un anuncio en los periódicos avisando que no concedería entrevistas.) Alrededor de ese motivo central hay numerosas historias paralelas: desde aventuras picarescas y galantes hasta asesinatos, enfrentamientos políticos y encuentros con personajes del Más Allá. La segunda línea narrativa está estructurada a partir de los recuerdos de la Duse. Ella habla de su vida y reflexiona sobre temas como el arte, el amor, la guerra, la soledad y la muerte.

**RL: ¿Cómo definirías *Aprendices de brujo*?**

**AOR:** Después de todo el trabajo que me costó escribirla, ¿también tengo que definirla? ¡Me niego! Lo único que puedo decirte es que me gustaría que la leyeran con la misma intensidad con que se lee una novela de aventuras: con ganas de terminar una página para poder darle la vuelta y enterarse de lo que se cuenta en la siguiente.

**RL: Hasta ahora has sido fundamentalmente un autor de cuentos. ¿Es tu género favorito? ¿Piensas escribir otras novelas?**

**AOR:** No he pensado volver a escribir cuentos por el momento. Aunque escribí dos libros de relatos cortos para adultos ([Striptease](#), Letras Cubanas, 1985, y [Querido Drácula](#), Ediciones Unión, 1989), no fue porque ese género me gustara de manera especial, sino porque me permitía terminar las historias en poco tiempo. Sin embargo, aunque la escritura de una novela te convierte en un esclavo de la historia y de sus personajes, pienso escribir otras. Me agradó la experiencia y me resultó mucho más gratificante que publicar un libro de cuentos.

**RL: ¿Tienes alguna manía, superstición o compulsión cuando escribes? ¿Necesitas de algún ritual, no necesariamente místico, sino cotidiano, para poder crear?**

**AOR:** Las personas que me conocen saben que sentarme a escribir no está entre mis ocupaciones preferidas. Para mí, escribir es una especie de karma que arrastro, que no puedo eludir y que no me queda más remedio que cumplir. A diferencia de otros escritores, no soy lo que, en uno de sus *Cuentos fríos*, Virgilio Piñera denominaba un “grafómano”. Así pues, cuando no me queda más remedio que escribir, busco —de manera deliberada o no— innumerables y muy diversos pretextos para postergarlo y no tener que sentarme a hacerlo. Cuando venzo esa reticencia inicial, que puede prolongarse desde una hora hasta varios días, puedo trabajar de manera muy intensa, como un corredor de fondo, ocho, diez horas o más, seguidas, sin agotamiento y totalmente concentrado. No tengo manías ni rituales. Lo único que necesito es tiempo, silencio y que no haya nadie fastidiando por los alrededores.

**RL: Entonces, ¿qué es para ti escribir: un don divino o una maldición?**

**AOR:** Quizás una maldición resultado de un don divino. Algo de lo que con frecuencia reniego, pero a lo que, por razones incomprensibles para mí, no consigo sustraerme.

**RL: ¿Qué tipo de libros te gusta leer y cuál odias?**

**AOR:** Me encantan las novelas que cuentan cosas, con personajes vivos, con una acción – externa o interna– intensa, que me atrapan y me sumergen en su mundo. Me aburren las novelas en las que el autor se olvida de pronto de la historia que estaba contando y dedica párrafos y párrafos a sentar cátedra sobre sus ideas morales, políticas o filosóficas, o a demostrarnos lo bien que sabe escribir y lo lírica que puede ser su prosa. Generalmente, ese tipo de libro lo cierro, o me salto sin ningún remordimiento esos pasajes. También me encantan las biografías minuciosas, esas que te cuentan lo que estaban haciendo Marguerite Yourcenar, Yukio Mishima o Fernando Pessoa el 3 de enero de 1934 a las 9 de la noche.

**RL: ¿Cuál es tu nuevo proyecto literario?**

**AOR:** No me gusta hablar mucho de los proyectos en marcha. No soy de esos autores que le cuentan a todo el mundo el libro que están escribiendo. Entre otras cosas, porque le estropean al lector el placer de entrar a una obra sin saber muy bien lo que va encontrar en ella. Además, a veces el relato oral les queda mejor que el libro en sí. Sin embargo, puedo decirte que ya tengo casi lista la investigación de otra novela de época, que transcurre en Estados Unidos. Tengo la esperanza de que sea más fácil de escribir que *Aprendices de brujo*, y trataré de hacer cuanto esté a mi alcance para que sea más corta. Leer un libro de más de 450 páginas puede ser una delicia (si te atrapa, naturalmente), pero escribirlo, corregirlo y revisar las pruebas de la edición es una verdadera lata.

Publicado por el sitio web *Red Literaria* en febrero de 2003.